

Centro Republicano Español; 6o. "La canción del herrero", de Miguel Roquen

La organización sistematizada de las obras públicas con un programa preciso que fije las cantidades de obra que corresponderán a cada uno de los años sucesivos en un período determinado de tiempo, no se ha hecho aun, y es ya urgente prepararlo. En períodos pasados ha podido marchar la administración pública, a pesar de la falta de programas y de los graves errores cometidos, gracias al enorme poder económico y financiero del país, donde el Estado absorbe la pequeña importancia de las obras públicas emprendidas hasta ahora. Asimismo tuvimos repetidos desastres financieros que demandaron años largos de reparación en ingratas luchas contra dificultades sin cuento. En la actualidad, dada la magnitud de la tarea emprendida, que representa más de cuatrocientos cincuenta mil

PÁGINA LITERARIA

CAPÍTULO DE NOVELA

LAS ELECCIONES

El amanecer del día de las elecciones fue triste. Había llovido la noche entera, de suerte que cierto friolero sutil y húmedo ponía a los vecinos cabizbajos y encogidos como pollos mojados. Algunas calles hallábanse convertidas en ciénagas y lodazales y desde los tejados decrepitos el agua se escurría por goteras interminables que bañaban a los transeúntes en plena vía pública. El cielo, de un gris desesperante, no tenía trazas de cambiar de color; ponía tonos amortiguados en los objetos y tomaba grises hasta las montañas lejanas, envueltas por casi transparentes telones de niebla que ningún rayo de sol llegaba a descubrir. No parecía un día de combate, con luminoso crepúsculo matutino, ruidos épicos de fusiles y de rodar de cañones, voces vibrantes de clarines y relucientes de palafreñas. Más bien resultaba fúnebre, como si en el hubiera de enterrarse algo, siquiera fuera el cadáver del sufragio.

En las esquinas veíanse pegados a las paredes carteles de papel grande, que llevaban nombres con grandes letras de molde los nombres de los candidatos.

No faltaron vivas desde las seis de la mañana, y aun se aseguró que se escuchaban tiros hacia la parte sur de la población. Oíanse voces alcohólicas y exclamaciones y los electores pasaban de traje de domingo unos, rotamente vestidos otros, con las manos en los bolsillos y la camisa sucia los últimos y con el bastón en el puño, el cuello tieso y los ojos los primeros.

Tan pronto como pudo, me eché a la calle para presenciar las peripecias de la lucha electoral, no obstante los prudentes consejos de don Eleuterio Montes de Oca, que me aseguraba ser peligroso para los candidatos el presentarse en día de elección.

Verificábanse las elecciones en la plaza principal. Alrededor de pequeñas mesas hallábanse agrupados los jurados electorales, con su presidente al centro y sus secretarios a los extremos. Dos o tres bancas pintadas de negro, con pupitres en la parte superior, servían a los sufragantes de escritorios. Presentaban éstos la carta de ciudadanía, el presidente la sellaba y los secretarios confrontaban con los registros; entonces se franqueaba al ciudadano la cédula respectiva, en la que debía consignar su voto, y que doblada se metía en el ánfora. ¡Oh, las ánforas electorales! ¡Cuán diferentes de las ánforas romanas y de las ánforas griegas, que se colmaban de dulce chipre y de exquisito falerno! Estas ánforas eran de simple madera, con una abertura practicada en la tapa superior, por la cual se escurrían los votos.

Nada comparable a la gravedad de los jurados; sus miradas tenían la sutileza de la de un juez, sus jaquetines y sus americana azules y negros imponían con su severidad.

En los ángulos de la plaza veíanse cuatro soldados, encargados, según el decreto respectivo, de guardar el orden.

Al principio hubo cierto recogimiento. Oíanse únicamente voces apagadas, cuando más movimiento de sillones y cuchicheo, si alguna buena moza cruzaba la plaza meneando las redondas caderas y mirando picaramente a esa gente tan grave.

Pero, en el momento menos pensado, resultó un individuo de pésima facha, cantando en media plaza:

Natividad del alma,
¿Qué cuento es éste?

Echáronse encima los cuatro guardianes, cuyas pobres humanidad no podían, con el budo, y después de heroica lucha cuerpo a cuerpo, que los ciudadanos espectralaron con la misma tranquilidad que una rifa de gallos, fué aquí llevado a la policía.

Calmeóse el alboroto y comenzaba a reinar la paz, cuando en la mesa número 3 gritó un hombre de poncho terciado al hombro y botas armadas de espuelas, señalando a otro:

Señor presidente, ése ha votado en otra mesa.

Instantáneamente se sucedió horrible algarabía:

—¿Que preste juramento!

—No vale ese voto!

—¡Cállese su...!

Saheron a reducir revólveres, bastones y puñales; no obstante lo cual y a pesar de las protestas del hombre de las espuelas, el presidente aceptó, previo juramento, el voto del ciudadano a quien se acusaba de haber sufragado dos veces.

Este fué el punto de partida de una serie de desórdenes. En vano los jurados invocaban el derecho y el orden y en vano los guardianes pretendieron restablecer éste, armados de poderosos reboncos. La alcoholicización y la bulla aumentaban. Declárase que en una tenducha próxima, mi contigüente, Garabito, repartía a sus electores alcohol alemán de cuarenta grados, rebajado mitad por mitad con agua.

Las muchachas de la capital, asomadas a las ventanas, espectaban las votaciones con el mismo placer sanguinario con que vieron los toros. Apoyadas de brazos en los balaustrados, vestidas de claro y peinadas con esmero, recorrían sus figuras sobre el fondo obscuro de los vidrios y junto a empujadas y maceas con jazmines y rosas.

En compañía del novio de Concepción Montes de Oca, saludé a algunas y aun trabé conversación a gritos:

—¿Qué tal, señorita fulano?

—Buenos días, don Enrique.

—¿Qué me dice usted de nuevo?

—Que va usted a ganar.

—¿Quién sabe! Si votaran ustedes, las mujeres, quizá ganara; pero como, desgraciadamente, hoy se niega el voto al sexo femenino...

—Cierro: si pudiéramos ir a votar, todas nosotras iríamos por su voto.

—¿Conque sí, eh? pues, un millón de gracias. Basta que le imponga usted a su voto el que vote por mí.

—Es que yo no tengo novio.

—No uno, sino dos o tres; así que usted quiera...

—¿Jesús! no sea usted tan bromista!

—Adios, linda.

—Hasta luego, y que le vaya bien.

Acabé por sentarme en la puerta de la tienda en que vendía Carmen Meruvia. La muchacha estaba más amable que nunca.

—¿Quiere usted una copa de quitapenas?

—Mil gracias, si me las ha de quitar verdaderamente; pero, oiga usted: ¿por qué le llaman al aguardiente quitapenas?

—¿Porque ayuda a olvidar.

—¿Usted ha olvidado a alguno con eso?

—Es que yo no tengo penas.

—Será que no las siente. Dícen que la pena es negra, y usted tiene los ojos más negros que cualquier pena.

—¿Qué zalamerío!

Un rayo de sol acababa de rasgar las nubes con gran esfuerzo y puso su luz alegre en la plaza, llenándola con una sonrisa, como si hasta él se divertiera, con los hombres y con sus derechos devorados y adquiridos.

Un rayo original pasó junto a mí. Era un hombre, y una mujer: él, tipo de cretino, nariz encorvada, boca grande y carnosa, cejas despolgadas, bigotes, orejas de pabellón soberbios; el sombrero en la nuca, las manos en los bolsillos, los pantalones llenos de remiendos y los botines rotos, por cuyas aberturas asomaban los dedos comidos de piques; la mujer, una harpía de ojos verdes, casi esqueletrica, haraposa.

—“Voté” por el doctor Garabito—decía ella.— Te va a dar “trago”.

—¿Qué importa! —respondió él.— ¡El “trago” pasa!

—“Vendé” tu voto; si yo fuera hombre, vendría mi voto.

Carmen Meruvia se dirigió al hombre.

—Vende tu voto a este caballero. Es el otro candidato.

Quitóse el sombrero el individuo y, con tímida voz, exclamó:

—Doctor, si usted me da cuatro pesos...

—¿Ni un centavo, largo de ahí!

El infeliz volvió a ponerse el despojo de fieltro que cubría su cabeza y continuó su camino gruñendo.

Natalie González opinaba que las elecciones estaban trágicas en comparación de otros años, y daba detalles: el año anterior había habido muchísimos heridos; a uno le habían metido la nariz de un trompón; a otro le abrieron una hernia de una patada; a otro...

Carmen Meruvia hacía aspiantitos.

—¡Ay, Jesús, qué atrocidad!

Don Otto Silver acababa de aproximarse.

El novio de Concepción continuó el interminable relato de heridas mortales, graves y leves, y añadió que existía enemistad entre los barrios de Santiago y el parque 22 de Abril, hasta el punto de que se fiaban verdaderos combates.

—¿Ya verá usted la que se va a armar! —exclamó don Eleván Martínez, que llegaba en ocasión de oír las palabras de Natalie. — Esta es una gente imposible. Echan una bala como si echan uña rosa. ¿No ve usted las fachas? Parecen calabreses. Entre éstos, la mejor recomendación es haber despedido el mayor número posible de prójimos al otro mundo. Usted pregunta quién es uno de esos fachendones y le responden que es uno que tiene “dos a cuestiones” dos cadáveres, se entiene; pues entonces procesa, duermen el sueño de los justos en las secretarías de los jurados; y si por casualidad alguno, más honrado que la generalidad de estos magistrados de provincia, prosigue el juicio, se van ellos a la montaña, viven de la caza y del merodeo en los sembrados y no hay quien los tome, pues corre peligro de salir con el pellejo agujereado.

—¿Qué tierra, eh, vamos!

—Y sabe usted, estoy furioso. No han permitido acá que voten por usted dos empleados de mi almacén. Dicen que son españoles. Hace dos años votaron en las elecciones para municipales y nadie observó el hecho, como si hubiera diferencia. Son españoles para votar por un diputado y no son españoles para votar por un municipio. Si fuera toda gente racional, ¡vamos!; pero votan por ahí unos imbéciles.

Por un ángulo de la plaza desembocó un grupo abigarrado de hombres que marchaban de dos en dos, llevando una bandera boliviana a guisa de estandarte. En la cabecera iban algunos mestizos y detrás caminaban los parias, negros, ancianos y jóvenes, que se dejaban conducir con la misma poca gana que los bueyes van al matadero. Delante, un individuo con el “tarro” ladeado y vestido con flamante terno dominicano, agitaba la bandera y daba los vivas.

—¡Calle! —exclamó Martínez, — son sus electores! El que va a la cabeza es don Eleuterio Montes de Oca.

—Era el contingente de “La Huerta” y fincas cercanas que acababa de llegar.

Intento de atronadores vivas a mi persona.

—¡Que viva el doctor Enrique Rojas!

Y un coro de voces cascadas y extenuadas contestaba:

—¿Que viva!

Lese conjuntó de analfabetos, que se presentaban como partidarios míos, no me honraba, ciertamente. Había pensado que mis electores serían algo mejor, sin embargo de que conocía indudablemente la farsa electoral.

La de hoy, obrando de manera parecida a la de la mayoría de los propietarios rurales de la provincia, había hecho en señal a sus colonos a escribir dos nombres: el suyo propio, es decir, el del colono, y el mío. Con tal ejercicio resultaban los peones de las fincas hábiles para inscribirse como ciudadanos y para sufragar. Algo más, eran incapaces de votar por otra persona ni de vender su voto, puesto que a duras penas sabían trazar el nombre del candidato impuesto por el patrón.

Don Pedro Rojas, sin escrúpulos respecto a los deberes electorales y dotado de ese algo que comúnmente se llama sentido práctico, obró como todos, y me enviaba más de ciento cincuenta electores reclutados en “La Huerta” y fundos vecinos.

Esos, ciento cincuenta hombres que acababan de arribar a la plaza como un rebaño, sabían firmar a duras penas su nombre de pila y su apellido y también sabían escribir, aunque con mayor dificultad, otro nombre y otro apellido, que

eran los míos. Podía, pues, estar orgulloso de mi popularidad.

La llegada de aquella gente fue acogida con muestras generalmente hostiles. Desatóse una silbatina infernal. El mismo don Eleuterio Montes de Oca quedó algo cortado, a pesar de su calma y de su posesión de sí mismo. Cruzábanse oídos, frases hirientes e insultos. Los negros contestaban las injurias con otras y se refan enseñando los blanquitos dientes.

Dieron una vuelta por la plaza, guiados siempre por don Eleuterio. Al pasar frente al sitio en que me hallaba prorrumpieron en estruendos vivas y quitáronse los ruidos sembreros, aunque sin osar llevarme en su compañía. Agradió a Montes de Oca el que no se le ocurriera tal cosa, pues no me habría agraciado marchar a la cabeza de semejante procesión, exhibiéndome en compañía de esa gentuza, que no era para enorgullecer a un futuro representante nacional y novel jurista, que contaba a la sazón, como yo, con la gracia y favor del bello sexo provinciano. Dispersóse la gente para votar en las diversas mesas, y don Eleuterio, en compañía de un doctro Escobedo, flamante partidario mío, por no se sabe qué deseo sufrido en la demanda de un destino, acercóse a cumplimentarme.

—Creo que vencemos, amigo mío. El elemento aristocrático está en masa por usted. Ni puede ser de otra manera. La sanción social será ejemplar, sin embargo de los manejos del primer magistrado de la provincia, que obra bajo la coacción de la oligarquía. Pero, como que soy mayor y que me llamo Montes de Oca, lo prometo, doctor, que enviare una extensa comunicación a un órgano

de la prensa pacaña, dando conocimiento de los tiránicos procedimientos del “mandarín”.

—Si usted gusta, almorzaremos; y don Eleuterio invitó también a Natalie, Martínez, Silver y Escobedo.

Carmen Meruvia, a guisa de aperitivo, sirviónos una copa de “biblia”, ananá y espumosa, que despedía cierto perfume de clavo y de canela.

Durante el almuerzo, el vino dulzón que usaba Montes de Oca y que tenía la particularidad de subirse a la cabeza con la misma rapidez con que Carmen Meruvia enardecía la sangre, pisoneros y palarderos. Don Eleuterio cobró grandes bríos y Natalie, con el cuello ajado, y los ojos húmedos, refería moquetes, botones y patadas. Silver prodigaba sus asquerosidades y daba bicecho a “Mein Freund”, a pesar del agrio gesto de doña Eladia. Martínez reía y hablaba por los codos.

Después del almuerzo salimos de bracte con don Eleuterio, que me prometió aplastar al mandarín, a la mandarina y a las mandarinillas. — Ya verá — decía a voz en cuello — de lo que son capaces don Pedro Rojas y su compadre, el mayor de ejército, Eleuterio Montes de Oca.

—Vamos al bar — dijo Martínez; — de ahí veremos todo.

—Magnífico! — repuse; — hagamos del “Bar 16 de Julio” nuestro cuartel general!

Natalie acogió la idea con entusiasmo. — ¡A ver quién toma ese cuartel general!

—No, amigo mío — exclamó Martínez. — Una batalla sería peligrosa. Jugaremos al billar y entre carambola y carambola...

Don Eleuterio comenzó a tararear la Marsellesa. Hicieronle coro los demás y así entramos en el bar, cantando a voz en cuello:

“Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé.”

El rayo de sol agudo que antes sonreía en la plaza, habíase ocultado tras neblinas de nubes parduzcas y amenazadoras. Los nimbos y los cúmulos se prolongaban hasta las cumbres de los cerros vecinos en actitudes guerreras. Oyóse un trueno lejano que fué repetido por la serie de quebradas, como si hiciera fuego a distancia una escua-

dra aérea de cañones de 22 pulgadas. Poco a poco fué aquello creciendo, el nublar tornábase más sombrío y las descargas eléctricas, sucedíanse con menores intermitencias.

La bulla en el bar crecía a proporción. Habíase incorporado a nosotros el poeta Rodríguez y Eusebio Toro.

De improvviso escuchamos un gran vocerío: eran varios electores que entraban.

Uno de ellos tuvo la audacia de penetrar hasta la plaza montado en un negro mulo que iba dando saltos de carneiro, hasta que al fin se precipitó como una avalancha, dispersó a los ciudadanos que rodeaban una de las mesas, y dió en tierra con la persona del jinete, un hombrecillo de largos bigotes y de rostro tostado por el sol.

Cayó éste, que se hallaba borracho, con tan mala suerte, que resultó una de las espuelas que llevaba encañada en el freno, y aunque procuró desasirse, no logró conseguirlo. La bestia, al sentir aquel peso en uno de sus costados, después de pegar un par de coques, una de las cuales dió en pleno rostro al infeliz, partió al galope; y a pesar de los gritos de los espectadores y del auxilio que alguno quiso prestar al herido, nadie pudo lograrlo; así que éste fué como un fardo, dando tumbos, chocando la inerte cabeza contra las piedras y destrozándose los brazos. Al fin, a dos cuadras de distancia, alguien pudo sujetar al brioso animal y desenganchó la perra derecha del pobre hombre, que yacía sin sentido y que falleció poco después.

Cerca de las dos de la tarde abandonamos el bar. Las elecciones estaban próximas a terminarse. Los ánimos en-



LA SOPA

contrábanse excitadísimos. Los truenos y arribas eran coreados por exclamaciones, gritos y silbidos de abajo.

Como habíamos bebido demasiado, mi sangre circulaba con extraordinaria rapidez; andaba como si en ella se hubiera incendiado algo. Apoyábame en el brazo de don Eleván y sentía malestar, mucho malestar.

El español declamó por lo bajo: — Amigo, usted no está acostumbrado a beber de ese modo, a alcohólizarse como estos caribes.

Los jurados se preparaban para el escrutinio y el cielo tronaba heroicamente, cuando desembocaron por una esquina de la plaza los garibaites y como es de criollos el tener el vino camorro y amable a la vez y pasar tan pronto de la humildad a la soberbia, quitáronse aquellos al verme las chisteras abolladas y los sombreros grastientos. El saludo fué contestado por los míos, y a viva el doctor Rojas, que resonó en toda la plaza, contestóse con un viva el doctor Garabito; mas luego cruzáronse entre individuos de ambos grupos algunas injurias, la amabilidad falsa se tornó en cólera verdadera, alzándose los bastones, se arrancaron los revólveres, uno de ellos, al hacer una de las colmenas que con tanto trabajo habían construido las abejas en la torre de la iglesia y se armó una descomunal batalla de palos y golpes, que habría terminado desastrosamente si las habías de las bombas convertidas en soberbias bombas apagadoras de tal incendio, no hubieran comenzado a vaciarse en un diluvio sobre los combatientes, que, más asporados por el agua que por los garrotos, dejaron a un tiempo el campo de Agramante y se fueron, incluso los jurados, a buscar refugio en sus casas, bien que salvando las sagradas ánforas.

Yo, que sentía que el mundo giraba y giraba, hice lo mismo, sostenido por el brazo de don Eleuterio, que tampoco andaba muy firme, y poco después, librado de un tropiezo y de dos o tres resbalones, vacía el doctor Enrique Rojas durmiendo la mona o el sueño de los candidatos.

Armando CHIRVECHES.

(Bolíviano.)

La voz del pueblo

Soy el que vengo desde hace mucho Rompiendo sombras y haciendo luz. Soy el que sufro, soy el que luto Por ideales de un nuevo credo. Que nunca supo darnos la cruz.

Hoy que a la arena bajo sin miedo: Sé lo que busco, sé lo que puedo... Honduras sorpresas traen los días, La edad que pasa, la nueva edad. Y en mis palabras hay profecías Que se convierten en realidad.

Si mi alma a veces rugió de pena, En lo más íntimo siempre fué buena Como una encina llena de flor: Yo tengo el alma sana, y serena Que tiene el pueblo trabajador.

Labro la tierra y hago la historia. Quebré las valladas del feudalismo Donde me ataron como a una noria. Todo el pasado cayó al abismo, Todo el presente forma mi gloria.

Todo el futuro llevo en mí mismo! Vengo de lejos, Vieron mis ojos muchos mirajes Desde los últimos tiempos más viejos Por mil caminos hice mis viajes.

Amo el trabajo Brega propicia Bajo el imperio de la justicia Y si en la vida me quedo abajo: Sé que se elevan los monumentos Sobre la base de los cimientos.

De mis jornadas dejé ciudades Que hoy atestiguan triunfos preciados. Soy la simiente de las edades Y con mis brazos fuertes y honrados Tumbo carcamas y alzo verdades.

Carne expoliada Donde tuvieron sus ojos hijos, Como en las presas de una majada: Los que formaron su gran hornada Con nuestros padres y nuestros hijos.

Lucha funesta Rigió su trágica rapacidad. ¡Cuánto nos duele, cuánto nos cuesta La edad que pasa, la nueva edad! Con nuestra sangre se hizo la fiesta... Ansia ferviente, nunca extinguida, De los más nobles sueños humanos.

Para sentirlos alzo mi vida, Para alcanzarlos tengo mis manos. Llevo el arado y odio la espada. Y un mundo prodigio sacó de nada Donde las mieses yerguen el haz.

Y hago a la tierra, madre sagrada, La gran morada Donde los hombres vivan en paz! Ernesto Mario BARREDA.

TOLSTOI ÍNTIMO SUS COLABORADORES

Tolstói organizaba diariamente, en su pueblo, sesiones de lectura después de la comida. Poco a poco se unieron a los discípulos los jóvenes y luego los padres y los ancianos. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstói asistía también a esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura, y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstói con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza e inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—¿Cuán pocos de nosotros sabemos en dónde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los sacros. “Es muy interesante lo que nos dicen”, declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, a

Pidan Extracto de Malta "Quilmes"

Chocolate **GODET**

"LA PROTECTORA" — Sociedad de seguros mutuos — Por el presente se avisa que el día 10 de agosto, a las 8 a. m., deberán presentarse en el cementerio del Norte todas aquellas personas que se consideren con derecho a los restos depositados en el panteón social desde el año 1930 hasta julio de 1932. Presentarse con las urnas para las reducciones. — Último aviso. — El secretario.

Guerrico y Williams

RANELAGH, SOBRE EL CIRCUITO DEL ferrocarril Sur, a 20 minutos de Constitución. Segunda venta de los terrenos que rodean la estación, por cuenta y orden de la Compañía de Tierras del Sur. La más local de los alrededores, con árboles y preciosos chalets.

La formación de este pueblo no ha resultado a un propósito de lucro; se ha diseñado de traza bajo un nuevo plan que, embelleciéndolo, acerca considerablemente a los puntos más importantes. Todos los lotes, amplios, muchos de más o menos 2000 v. c. y algunos desde 533 v. c. dradas; sus calles abovedadas y arboladas; sus manzanas alambicadas, la luz que se colocará en breve, son factores de progreso que la compañía se ha esforzado en realizar con el deseo de que sea un punto de residencia de veraneo, sino también de todo el año. La liberación con que se hace la venta contribuirá también a ello y no vacilamos en asegurar que una vez habitados los varios chalets que se están terminando, aquella adquirirá el desarrollo que le corresponde, dadas la belleza y altura del paisaje.

La venta se hará en las condiciones generales de la Compañía de Tierras del Sur, con amplia opción y toda liberalidad, sin base, a tanto la vara cuadrada, en 100 mensualidades, sin interés. En el acto del remate exigiremos tres mensualidades y por ciento de comisión, otras tres mensualidades dentro de los 15 días al entregarse los títulos provisionales y las 94 restantes deberán abonarse del 1 al 10 de cada mes, a contar del 10 de septiembre próximo, en las oficinas de la Compañía de Tierras del Sur, Cangallo 84. Por pago al contado se hará un descuento de 20 por ciento sobre los plazos. La posesión se dará inmediatamente con todos los amolados por los agrimensores Repetto y Beverini. Las escrituras se harán por ante los escribanos de la compañía con títulos perfectos.

El domingo 20 de julio, a las 1.30, en los terrenos. Tren especial gratis saldrá de Constitución a la 1. Soliciten planes, boletines y otros informes a nuestra casa, Bartolomé Mitre 530. — Guerrico y Williams.

v-20-7-313.

16 a medias y me saludó cordialmente. La expresión de su fisonomía me sorprendió. Me pareció que sus ojos brillantes, de aguda mirada, penetraban mis más secretos pensamientos, me veían tal como era yo, "intus et in cutis" (1).

Poseído de una turbación inmensa, balbuceé mi nombre. El maestro sonrió y de pronto una claridad interna iluminó su rostro. Cuando los niños sonríen después de haber llorado, tienen a veces este aspecto luminoso.

—Me siento dichoso de verte, — dijo Tolstoi apretándose la mano. — ¿En qué puedo servirte?

Hice un esfuerzo sobrehumano para vencer la emoción que me volvía tartamudo y le expliqué lo mejor que pude, que había venido a solicitarle el permiso de leer en un concierto de beneficencia el "Poder de las tinieblas" y de interpretar algunas escenas en su presencia. Me proponía comenzar por el diálogo entre la pequeña Anitka y Mitrich y rogaba a Tolstoi que me corrigiera cuando lo juzgara necesario.

Accedió amablemente a mi deseo, y antes de sentarse en el diván, colocó una mesita delante de mí.

Me puse a leer, o más bien a tartajear palabras confusas, pero, poco a poco, recibí mi sangre fría y mi voz resonó nítida y clara.

Tolstoi me miraba con los ojos entrecerrados; a veces aprobaba con un "¡bien!" que expresaba su satisfacción. Cuando llegué a la escena en que Nikita apareció aterrorizada por lo que acababa de realizar, las lágrimas inundaron la cara de Tolstoi. Sollozó dulcemente y su expresión severa me pareció más humana y más tierna.

Esto me conmovió hasta las entrañas, pero al mismo tiempo, me sentía indudablemente dichoso. ¡Había encontrado ya el tono que convenía, puesto que había logrado emocionarlo a un hombre semejante!

Cuando hube concluido mi lectura, él conde exclamó: — ¡Bien!... ¡muy bien! ¡Cómo haces para interpretar de

(1) Interiormente y bajo la piel.

un modo tan perfecto el papel de campesino?

Le repuse que me gustaba mucho el pueblo y sus canciones, que había aprendido en el campo de los mujiks mismodos.

—He bebido con ellos, maestro; he oído sus canciones en la velada, en torno de la sartén. Por lo mismo conozco su lengua, como conozco sus corazones, sus sufrimientos y sus aspiraciones.

—¡Muy bien! ¡muy bien! repitió Tolstoi. Representas muy bien el papel de Akime; el de Matrena también; pero es sobre todo el personaje de Anitka el que desempeñas a la perfección; si la actriz representa esta papel la mitad siquiera de lo bien que lo lees, quedaré satisfecho.

Estas palabras me enorgullecieron. —Pero, continuó Tolstoi, interpretas con menos justicia el personaje de Mitrich. Es preciso no olvidar que Mitrich ha sido soldado; ha vivido en las ciudades, por lo tanto, ve la vida de otro modo que los campesinos.

—Querías tener la bondad, maestro, de mostrarme vos mismo cómo "debo entender este papel?"

León Nicoláievitch tomó el folleto que yo había llevado y se puso a leer con una sencillez tal, que yo creí que Mitrich hablaba en persona.

Tomé notas que aun conservo, — tan profundo es mi reconocimiento hacia Tolstoi.

Me separé de él tan completamente dichoso, que creía tener alas. Corrí hacia la casa del gobernador general de Moscú, el príncipe Dolgorowky, para que me permitiera la lectura de dos escenas del "Poder de las tinieblas". Al día siguiente se me concedió el permiso.

Por vez primera la obra de Tolstoi fué leída en público. El éxito superó a mis esperanzas.

Sergio PERSKY.

Administración nacional

En la Presidencia.—A la hora de costumbre llegó el doctor Sáenz Peña a su despacho de la casa de gobierno.

Firmó con los secretarios algunos asuntos de trámite y luego concedió audiencia al nuevo ministro en el Perú, doctor Carlos Estrada.

También visitaron al presidente los ministros del Interior, Relaciones Exteriores, Agricultura y Guerra.



La crisis ministerial.—Ayer el presidente de la república tuvo una larga conferencia con los ministros Bosch, Mujica y Gómez, relacionada con la actual crisis ministerial.

No se ha llegado a nada concreto, quedando su solución aplazada para el lunes.

El gobernador de la Rioja.—En el ministerio del Interior se recibió ayer un telegrama del gobernador de la Rioja, señor Gómez, informando haber "delegado el mando en el vice."

Producción de azúcar en España.—El consular argentino en Barcelona ha transmitido al ministro de R. Exteriores un informe sobre la producción de azúcar en España durante el año 1912.

Según dicho informe la producción de azúcar fué 16.175.856 kilogramos y la obtenida del cultivo de la remolacha 113.954.984 kilogramos.

Productos alimenticios.—De acuerdo con el resultado de los análisis practicados por la sección higiene alimenticia del departamento nacional de higiene, se ha resuelto prohibir la internación al país de 10 cajones con 195 kilos de conserva de mariscos, procedentes de Vigo, por hallarse en mal estado de conservación.

Remisión de vacuna.—Se han remitido las siguientes placas: 500 al consejo de higiene de Córdoba, 100 al consejo de higiene de R. Exteriores, 100 al consejo de higiene de Tucumán, 100 al guarda Spurr, Viedma, Río Negro, 100 a la asistencia pública de Tucumán, 200 al vacunador Calveiro, en Peyrano, provincia de Santa Fe, 20 al doctor Puigari, General Rodríguez, provincia de Buenos Aires, 200 al vacunador Celda, en San Cristóbal, provincia de Santa Fe y 40 al vacunador señor Burgos, en la capital.

Libres despachos.—El ministerio de hacienda, por resoluciones de la fecha ha concedido los siguientes libros despachos para:

Municipalidad de la capital, 1 cajón, conteniendo una escultura de mármol, llegado en el vapor Regina Elena.

Ministerio de agricultura, 1 cajón, conteniendo un lente y accesorios para el técnico del Pilar.

Legación de Chile, 14 cajones con muebles, valor Herminius.

Destacamento de resguardo.—Se autoriza a la aduana de Gualeguaychú para aceptar los locales ofrecidos gratuitamente y en carácter provisorio para el personal y oficina del destacamento de resguardo de Landá, ofrecido por el señor encargado de la estación del mismo nombre.

Toldos.—Se autoriza a la inspección general de rentas para adquirir 10 toldos para sol, con destino a las lanchas próximas a terminarse, de la policía del

labras de su cuñado.

—No sé lo que es, no hago otra cosa que revelar lo que existe, — prosiguió Nekliudoff. — Sabe que los funcionarios le roban; sabe que nosotros, grandes propietarios, gozamos por completo de una tierra sobre la cual todos tienen los mismos derechos; y luego, si recojo del suelo las ramitas secas de los árboles para encender su misero fuego, lo echamos a la cárcel y le persuadimos de que es un ladrón. Por lo contrario, él sabe que el ladrón no es él, sino que se han apoderado de su porción de tierra, y que el deber le impone la obligación de restituir a su familia aquello que le fué robado.

—No comprendo, o por lo menos, no abundo en vuestra opinión. La tierra no puede dejar de ser objeto de propiedad individual. Si hoy la repartierais, — continuaba Ignacio Nikoforovitch, — convencido de que Nekliudoff era socialista y queriendo probarlo en cuatro palabras que sus ideas eran absurdas, — si hoy la repartierais en porciones iguales, mañana pasaría inevitablemente a manos de los más laboriosos e inteligentes.

—Y quién os dice que deba repartirse la tierra en partes iguales? La tierra no debe ser propiedad de nadie, no debe ser objeto de compra ni de venta, ni de hipoteca.

—El derecho de propiedad está en la misma naturaleza del hombre. Quitad ese derecho y nadie tendrá interés en cultivar la tierra. Abolid ese derecho y todos volveremos al estado salvaje, — pronunció Ignacio con aire de autoridad.

—Al contrario; entonces únicamente la tierra no quedará improductiva como ahora.

—No os empeñéis, Ivanovitch; lo que decís es una locura. ¿Es posible en nuestro tiempo hablar de abolición del derecho de propiedad sobre la tierra? Sé que siempre ha sido esa vuestra idea fija. Pero, permitidme que os hablo francamente, — el rostro de Ignacio se puso pálido y su voz temblaba; evidentemente aquello le producía gran impresión: — si me es lícito daros un consejo, pensad dos veces antes de poner en práctica vuestra teoría.

—¿Es de mis asuntos personales de lo que queréis hablar?... —Si; creo que todos nosotros debemos someternos a las obligaciones que nuestra misma posición nos impone: que debemos conformarnos a las condiciones del ambiente en que vivimos, y que si hemos heredado una fortuna de nuestros padres, es para transmitirla a nuestra vez a los hijos.

—Creo que es de mi deber... —Permitid, — proseguía Ignacio sin dejarse interrumpir, — no hablo siquiera por mis hijos; su fortuna está asegurada; gano bastante para vivir cómodamente, y creo que lo mismo podrán hacer mis hijos. Mi protesta contra vuestras acciones, excusad la palabra, poco razonables, no nace de un sentimiento de interés personal, sino de que, teniendo ciertos principios, me es imposible compartir vuestras ideas. Si me es lícito daros un consejo, reflexionad maduramente, leed, consultad... —Permitid que yo decida cuando se trata de mis asuntos personales, y que por mi cuenta resuelva lo que bien me parece, — contestó Nekliudoff. Pálido, contentándose apenas con las manos y los pies helados, sentía próxima a estallar la cólera que hervía en él, y sin contestar nada comenzó a sorber el té.

ENSANCHE DE LA CASA **AUX CHARPENTIER**

FUNDADA EN 1888

Especialidad en Ropa de Trabajo
— Modelos especiales para cada oficio — Confección inmejorable, toda costura doble ■ ■ ■ ■ ■

CATÁLOGOS Y MUESTRAS GRATIS — EXPEDICIONES EN PROVINCIAS Y EN TODA LA AMÉRICA DEL SUR.

Louis Pot & Maynard

MÉJICO 1302 AL 1310

TELÉF. COOPERATIVA 1858, CENTRAL

Blusas - Guardapolvos - Impermeables

SASTRERIA, ROPE-
RIA, CAMISERIA, ::
SOMBRERERIA, CUE-
LLOS, CORBATAS,
:: CAMISETAS, ME-
DIAS, PAÑUELOS, ::
ETC., ETC. :: :: ::

PRECIO FIJO

La casa está abierta
de 7 a. m. a 7 de la tar-
de. Los días Lunes y
Sábado de 7 a. m. a
8 p. m.
Cerrada los Domingos.

MUEBLES "LA VELOZ" MUEBLES

- BARATOS - 1920 - SANTA FE - 1920 DURABLES

Cooperativa Telefónica 713, Central

Gran surtido de muebles de todos estilos; estamos efectuando enlaces con nuestros precios. Vengan y se convencerán que no hay en Buenos Aires quien venda muebles del material nuestro y a estos precios.

Juego Luis XV., 10 piezas \$ 235 nogal roble
Juego Luis XIV, 10 piezas \$ 170 nogal ceré
Juego de comedor 16 piezas \$ 310 nogal roble.

No olvidarse, García y Arias, 1920 - Santa Fe - 1920

Los que vengan de este diario un 5 por ciento de rebaja.

Por 10 \$

al contado entrego a Vd. un gramófono de la marca "Victor"

y un surtido de discos a su elección, el resto del valor a 10 meses de plazo sin garantía y sin fiador.

Solicite mis catálogos de discos y gramófonos VICTOR por carta a

ALBERTO MAYA
Arredondo 2469 — Buenos Aires
Acepto pedidos del interior

FOLLETON DE "LA VANGUARDIA" 66

LEON TOLSTOI

RESURRECCION

Se estrecharon la mano; después Ignacio se sentó perezosamente en su sillón.

—Espero que no estorbaré...

—No; no oculo a nadie mis palabras ni mis acciones. Habían bastado aquellas pocas palabras dichas en tono de protección para que la calma y el recogido de Nekliudoff desapareciera como heridos por un rayo.

—Si, estábamos hablando de su decisión, — explicó Natalia Ivanovna; y tomandola la tetera, añadió: — ¿quieres té?

—¡Gracias! ¿De qué decisión?

—De partir para Siberia al mismo tiempo que los penados, entre los cuales se halla la mujer ante quien me siento culpable, — dijo Nekliudoff.

Me pareció que he oído que se trataba de algo más que de acompañarla.

—Si, de casarme con ella en cuanto consienta.

—¡Ah! por favor, queréis explicarme los motivos que os indujeron... Porque de veras que no los entiendo.

—Los motivos son que esa mujer... que su primer paso en la senda del mal... que Nekliudoff, que no acertaba a encontrar una expresión gráfica para expresar su pensamiento. — ¿Los motivos?... Yo he cometido la falta y ella sufre la pena.

—Si sufre pena es señal de que no es inocente.

—Si, es inocente del todo. — Y pre-

sa de una gran excitación, Nekliudoff expuso cómo se desarrolló el proceso.

—Comprendo; — esto es producto de una gran negligencia por parte del presidente, y de una respuesta irreflexiva por parte de los jurados. Pero nada tiene que ver el tribunal de casación.

—Es que éste ha rechazado el recurso.

—Si lo ha rechazado, esto significa que no había motivos suficientes para que prosperara, — dijo Ignacio Nikoforovitch. En el tono de esa respuesta aparecía claro que para él la verdad era un producto exclusivo que emanaba de las deliberaciones del tribunal. — La casación no puede penetrar en el fondo del proceso. Si verdaderamente se trata de un error judicial, es preciso enviar una súplica al emperador.

—La hemos enviado; pero no hay probabilidad alguna de buen éxito. Se pedirán informes al ministerio de justicia, el ministerio los pedirá al senado, el firmará sus conclusiones, y en último resultado, el inocente sufrirá la pena, como sucede siempre.

—En primer lugar, el ministerio de justicia no se informará por medio del senado, — replicó Ignacio con una sonrisa de compasiva indulgencia, — sino que examinará las actas del tribunal y confirmará o no la sentencia después de haber examinado el caso conforme a las leyes. En segundo lugar, los inocentes nunca son castigados, y si lo son, lo cual sucede rara vez, es sólo por vía de excepción. Aquellos que sufren una pena es porque la han merecido. — Ignacio soltaba sus palabras sin apresurarse, con sonrisa de triunfo.

—Yo he tenido ocasión de convencerme de lo contrario, — afirmó Nekliudoff, sintiendo un triste resentimiento hacia

su cuñado. — Estoy radicalmente convencido de que la mitad de las personas que los tribunales condenan son inocentes.

—¿Inocentes en qué sentido?

—En el sentido más recto de la palabra; de la misma manera que es inocente esa joven del envenenamiento cuya pena sufre; de la misma manera que es inocente un aldeano que he conocido hace pocos días, acusado de un homicidio que no cometió; de la misma manera que eran inocentes una pobre viejecita y su hijo, aldeanos ambos, acusados de haber pegado fuego a una casa, acusación por la cual han sufrido muchos meses de cárcel, en tanto que el culpable era el mismo dueño de la casa, ladrón e incendiario.

—Claramente, es imposible y lo será siempre evitar algún error judicial. Una institución creada por los hombres no puede ser perfecta.

—Además, muchos son inocentes, porque crecidos en un ambiente insano, no estiman culpables algunas acciones que la sociedad no reputa como tales.

—Perdonad, querido; esto me parece un absurdo de primera fuerza; todos los ladrones saben que robar es un delito, y que no hay ley humana o moral que no lo condene, — continuaba Ignacio con aquella sonrisa y con aquella calma que irritaban a Nekliudoff.

—No, no lo sabe. Cuando se le dice que no robe y ve que sus amos lo defraudan en el trabajo que ejecuta, y le regatean una parte del sueldo; que el gobierno, a su vez, por medio de sus funcionarios, le roba sin cesar en forma de impuestos; que...

—Esto es anarquismo puro, querido; — interrumpió Ignacio, queriendo precisar con tal vocablo el sentido de las pa-

labras de su cuñado.

—No sé lo que es, no hago otra cosa que revelar lo que existe, — prosiguió Nekliudoff. — Sabe que los funcionarios le roban; sabe que nosotros, grandes propietarios, gozamos por completo de una tierra sobre la cual todos tienen los mismos derechos; y luego, si recojo del suelo las ramitas secas de los árboles para encender su misero fuego, lo echamos a la cárcel y le persuadimos de que es un ladrón. Por lo contrario, él sabe que el ladrón no es él, sino que se han apoderado de su porción de tierra, y que el deber le impone la obligación de restituir a su familia aquello que le fué robado.

—No comprendo, o por lo menos, no abundo en vuestra opinión. La tierra no puede dejar de ser objeto de propiedad individual. Si hoy la repartierais, — continuaba Ignacio Nikoforovitch, — convencido de que Nekliudoff era socialista y queriendo probarlo en cuatro palabras que sus ideas eran absurdas, — si hoy la repartierais en porciones iguales, mañana pasaría inevitablemente a manos de los más laboriosos e inteligentes.

—Y quién os dice que deba repartirse la tierra en partes iguales? La tierra no debe ser propiedad de nadie, no debe ser objeto de compra ni de venta, ni de hipoteca.

—El derecho de propiedad está en la misma naturaleza del hombre. Quitad ese derecho y nadie tendrá interés en cultivar la tierra. Abolid ese derecho y todos volveremos al estado salvaje, — pronunció Ignacio con aire de autoridad.

—Al contrario; entonces únicamente la tierra no quedará improductiva como ahora.

—No os empeñéis, Ivanovitch; lo que decís es una locura. ¿Es posible en nuestro tiempo hablar de abolición del derecho de propiedad sobre la tierra? Sé que siempre ha sido esa vuestra idea fija. Pero, permitidme que os hablo francamente, — el rostro de Ignacio se puso pálido y su voz temblaba; evidentemente aquello le producía gran impresión: — si me es lícito daros un consejo, pensad dos veces antes de poner en práctica vuestra teoría.

—¿Es de mis asuntos personales de lo que queréis hablar?... —Si; creo que todos nosotros debemos someternos a las obligaciones que nuestra misma posición nos impone: que debemos conformarnos a las condiciones del ambiente en que vivimos, y que si hemos heredado una fortuna de nuestros padres, es para transmitirla a nuestra vez a los hijos.

—Creo que es de mi deber... —Permitid, — proseguía Ignacio sin dejarse interrumpir, — no hablo siquiera por mis hijos; su fortuna está asegurada; gano bastante para vivir cómodamente, y creo que lo mismo podrán hacer mis hijos. Mi protesta contra vuestras acciones, excusad la palabra, poco razonables, no nace de un sentimiento de interés personal, sino de que, teniendo ciertos principios, me es imposible compartir vuestras ideas. Si me es lícito daros un consejo, reflexionad maduramente, leed, consultad... —Permitid que yo decida cuando se trata de mis asuntos personales, y que por mi cuenta resuelva lo que bien me parece, — contestó Nekliudoff. Pálido, contentándose apenas con las manos y los pies helados, sentía próxima a estallar la cólera que hervía en él, y sin contestar nada comenzó a sorber el té.

Tranquilizándose un tanto Nekliudoff preguntó a su hermana por sus hijos. Natalia contestó que estaban con su abuela, y contenta porque había acabado aquella discusión con su marido, empezó a explicar que los niños, durante el viaje, habían jugado como un tigre por jugaba Nekliudoff.

—¿Todavía te acuerdas de eso? — preguntó Nekliudoff sonriendo.

—Es muy natural. Figurate que hace todo lo que tú hacías!

Viendo que la discusión había acabado definitivamente, Natalia estaba tranquila; pero como en presencia de su marido no quería hablar de cosas, únicamente su hermano podía comprender, dió a la conversación un giro distinto, y habló de cosas indiferentes, cuando a reír, entre otras noticias de Petersburgo, el dolor de la Kamienska, por la muerte de su hijo único, murió en duelo. Ignacio Nikoforovitch aprovechó la ocasión para afirmar que no debía considerarse excluido el homicidio perpetrado en duelo de la categoría de los casos comunes de homicidio castigados por la ley. Pero a tales observaciones replicó Nekliudoff, y otra vez surgió una nueva discusión acalorada, a la que ninguno de los adversarios pudo convencer al otro.

Ignacio Nikoforovitch sentía íntimamente que su cuñado desaprobaba su interior todo aquello en que se ocupaba su actividad, y deseaba demostrarle cuán injustas eran sus ideas. Por su parte, Nekliudoff, además de la ira que le producía el hecho de que el otro discutiera su resolución de repartir la tierra (ira aumentada al comprender que Ignacio y sus hijos tenían cierto d

XXI

Delta, de acuerdo con el presupuesto presentado por don Antonio Moscatelli, por la suma de \$ 750 moneda nacional.

Licitación. — Autorízase también a la aduana de la capital para sacar a licitación pública, por el término de 15 días, la provisión de un carro con sus caballos y arneses.

Multa exonerada. — Se exoneró de la multa del 2 por ciento en que incurrió la dirección general sanitaria y asistencia pública, por demora en la presentación de dicho documento teniendo en cuenta que ella se debió a un error de trámite.

10. de Mayo. — El transporte nacional lo de Mayo llegó ayer a Puerto Militar, procedente de Zárate.

Piedra Buena. — Según telegramas recibidos ayer en el ministerio de marina, éste transporte llegó a Ushuaia, procedente de Punta Arenas.

Construcción de vías. — Por acuerdo de ministros, se autoriza a la compañía de F. F. C. C. de la provincia de Buenos Aires, para que abra la línea de ferrocarril de la dirección general del Puerto de Buenos Aires las vías que circundan los frigoríficos Río Santiago y Amour. Se establece al mismo tiempo que el importe de esas obras no dejen de interesar y será abonada a la empresa constructora por anualidades que representen el 50 por ciento del producto de los vehículos de la misma empresa.

Concesión educada. — Se deja sin efecto la concesión acordada a don Juan V. Gajjolo para almacenar mercaderías de corralón y maderas en la baranca situada en la calle Pedro Mendoza número 1803 y al mismo tiempo se declara cesante al guarda encargado de la fiscalización de las operaciones que se efectuaban en el depósito de referencia don José Demarich.

Habilitación de muelle. — De acuerdo con un pedido de la compañía Dock Sud de Buenos Aires, se ha habilitado provisionalmente al servicio público el muelle de la segunda sección del Dock Sud, en una extensión de 500 metros en el extremo Sud, y 150 en el norte.

Deudores del fisco. — Se ha encomendado al señor procurador fiscal de la capital la iniciación y prosecución de las acciones civiles correspondientes contra los siguientes deudores del fisco: Pedro G. Méndez, pesos 3.203,87 moneda nacional por derechos aduaneros; Morulo y Parig, pesos 42,16 id id id; Francisco Grecco e hijos, pesos 2.069,97 moneda nacional por igual concepto.

Juicios de quiebra. — Se ha designado al señor agente fiscal en lo comercial de la capital para que intervenga en el juicio de quiebra de la sociedad "La Concordia" a fin de obtener el reintegro de la suma de pesos 19.333,56 oro sellado que dicha sociedad adeuda al fisco por derechos aduaneros.

Reformas a la constitución de Corrientes. — Ayer partieron para Corrientes el senador Virasoro, los diputados Lora, Beltrán y Mora y Araujo, quienes van con el objeto de asistir a las sesiones de la convención reformadora de la actual constitución.

Reducción de indios. — Ha sido firmado ayer por el ministerio del Interior un decreto nombrando al señor Leonardo Pereyra para la vicepresidencia de la comisión de reducción de indios.

Lanchas para Formosa. — El lunes próximo tendrá lugar en la dársena norte, las pruebas de las lanchas destinadas a la gobernación de Formosa.

Productos dietéticos. — El ministerio de Hacienda ha dado un decreto declarando que los productos que se denominan dietéticos están sujetos al pago de los impuestos internos establecidos para los específicos.

Jubilaciones. — Por el ministerio de justicia e instrucción pública se ha acordado jubilación de 1995 pesos al doctor Saavedra, vocal de la cámara de apelaciones en lo comercial.

También se acuerda jubilación con el 95 por ciento de su sueldo, o sean 1995 pesos mensuales, al doctor Juan Agustín García, vocal de la cámara federal de apelaciones.

Envío de oro a Europa. — Con destino a Europa se han enviado 700.000 libras esterlinas de éstas, 300.000 van consignadas a un banquero de París y 300.000 a otro de Londres.

Inauguración del monumento a Pellegrini. — El domingo, 10 de agosto, a las 2 p. m., se inaugurará el monumento erigido a la memoria de Pellegrini. Al acto asistirá el presidente de la república, sus ministros y demás altos empleados de las reparticiones nacionales.

MUNICIPALES

Pedido de árboles. — Los vecinos de la calle Sarandí de Constitución a Garay, se dirigen a la intendencia solicitando la plantación de árboles en dicha calle. No reuñendo las aceras, condiciones reglamentarias, no se hace lugar al pedido.

Adoquinado de madera. — La intendencia aceptó la propuesta del señor Anibal Garassino para la construcción de adoquinado de madera en la calle Victoria entre Pozos y Entre Ríos, por valor de 25.127 pesos.

Pisos de piedra. — Por el departamento de obras públicas se ha ordenado la construcción de los pisos de piedra de las calles Guayanas desde Arévalo a Dorrego, y por ésta hasta Rivera, como igualmente la plantación de árboles en dichas calles.

Alumbrado. — Se ha resuelto la colocación de faros a alcohol en las calles Guayanas, entre Arévalo y Dorrego y ésta de Guayanas a Rivera.

Multa. — La intendencia aplicó una multa de 100 pesos al constructor Piroso por infracción a las ordenanzas de construcción.

Propuesta aceptada. — De acuerdo con los informes, se acepta la propuesta del señor Raffo para la ejecución de obras sanitarias de desagües en los maderos de Liniers, con una rebaja de dos por ciento sobre el precio del presupuesto oficial que asciende a 1.949 pesos.

Piso de cemento. — De acuerdo con los informes producidos, se acepta la propuesta presentada por los señores Juan Trayero y Hermanos, para la construcción de un piso de cemento en el terreno comprendido por las calles Zavalata, Avenida Alcora y la calle de la Victoria, por el precio del presupuesto oficial de 15.050 pesos, con una rebaja de 12 por ciento.

Término para ejercicios físicos. — La intendencia concedió, bajo las condiciones indicadas por la dirección de pasajes públicos, un terreno de 100 por 100 al club Lousiana de football, ubicado en la calle Virreyes del parque 3 de febrero.

Arreglo de calles. — Por el departamento de obras públicas se ha ordenado el arreglo de las calles siguientes: Dolores entre Tandil y Remedios; Achával de Directorio a Campana; Malvinas de

Lobos a Campana y Lobos de Achával a Curapaligua.

Plaza para ejercicios físicos. — La intendencia concedió al Instituto Nacional Superior de Educación Física, una fracción de 14.250 metros de terreno, comprendida entre las avenidas Valentín Alsina y los Paraisos, previas condiciones indicadas por la dirección de pasajes.

Calle Emilio Mitre. — Hoy, a las 11 de la mañana, mediante una sencilla ceremonia, tendrá lugar el cambio de nombre de la calle Polvorín por el de Emilio Mitre.

En la esquina de Rivadavia y la que será Emilio Mitre, se colocará una placa de bronce.

CORREO

Un ciudadano. — Pida la ordenanza en la intendencia municipal de la localidad, y si no establece el radio que usted indica, haremos la correspondiente publicación.

Noticias varias

Comunicaciones. — Las líneas internas del telégrafo de la nación y sus conexiones internacionales funcionan bien.

Estado del tiempo. — Nublado en Río Cuarto, Santiago del Estero, Rawson; bueno en el resto de la república.

Vapores en radio. — Comunican con la estación Cerrito (Montevideo), los siguientes vapores: Highland Glen, Glasgow, Aron, Francesca, Orona, Siena, 1. Puerto, Reina Victoria, Algeria, Prisia, Sierra Nevada.

Altura de los ríos. — Río Uruguay: en Colón 1.48; en Gualeguaychú 1.00; en Uruguay 1.18.

Río Paraná: Itá Itabó 0.27; Ituzainó 0.42; en Corrientes 2.63.

Telegramas detenidos. — En el telégrafo de la nación, oficina de distribución se encuentran detenidos los siguientes despachos: de Marallina bordo Francia para Comas Viamonte 753, de Génova para Cipeda.

Farmacias de turno

DURANTE EL DÍA DE HOY

Sección	1a. San Martín y Corrientes, Malpá y Lavalle, Rivadavia 745.	2a. Alsina y Bolívar, Defensa 415.	3a. Sulpach y Sarmiento, Corrientes y Cerrito.	4a. Chile y Piedras, Alsina y Salta, Estados Unidos y Santiago del Estero.	5a. Bartolomé Mitre y Montevideo, Cangallo y Paraná, Rivadavia y Ayacucho, Callao 261.	6a. Belgrano 1858, Entre Ríos y Venezuela.	7a. Corrientes y Ecuador, Viamonte y Ombú, Rivadavia y Paso, Lavalle y Pueyrredón, Corrientes y Andes.	8a. Belgrano y Alberti, Independencia y Pasco, Alsina y Sarandí.	9a. Bartolomé Mitre y Billinghurst, Rivadavia 3139, Corrientes 3601.	10a. Independencia y Colombia, Rioja y Venezuela, Rivadavia 2916.	11a. Bartolomé Mitre 4302.	12a. C. Calvo y Muñiz, José María Moreno 639.	13a. Florida 320, Libertad y Juncal, Paseo de Julio 1126.	14a. C. Calvo y Defensa, Estados Unidos 602, Brasil y Bolívar, Brasil y Piedras, San Juan y Piedras, Irala y Martín García.	15a. Santa Fe y Rodríguez Peña, Ayacucho, Juncal, Córdoba y Paraná, Chacabuco 1391.	16a. Salta y Armonía, Garay y Lima.	17a. Paraguay y Laprida, Azcuénaga y Arenales, Córdoba y Anchorena, Santa Fe y Gallo, Las Heras 2002.	18a. Constitución 2202, Cavallos y Pavón, Entre Ríos y Humberto I.	19a. Santa Fe 3460, Córdoba y Almagro, Las Heras 2400, Sadi Carnot y Honduras, Chacabuco 2702, Bustamante y Juncal.	20a. Estados Unidos y Saavedra, San Juan y Rioja, Independencia y 24 de Noviembre.	21a. Triunvirato 575.	22a. Rivadavia 6239 y 7006, Nícolea 1301, Orlatorio y Camacurá, Varela 902, Boyacá y Franklin.	23a. Necochea 1283, Branden número 601.	24a. Rivadavia 5705, Avellaneda 3831, Avellaneda y Arce.	25a. Patricios 399, Monte de Oca 901 y 932, Aconcagua y Luján, La Plata 1001, Rivera y Argüello, Santa Fe 5000.	26a. Cavallos y Progreso, Matheu 1615.	27a. Cabildo 1949 y 2171, Monroe y Cuba.	28a. Coronel Salvador 302.	29a. Cullen y Bucarelli, Colodro y Nahuel-Huapi, Bebedero 4201.	30a. Santa Magdalena y Santa Rosa.	31a. Triunvirato y Heredia, Avenida San Martín 1721.	32a. Brasil y Rioja.	33a. Helguera 3176.	34a. Avellaneda 5435, Avellaneda y Otamendi.	35a. Canning 600, Rivera y Guiruchaga, Rivera 300, Canning y Gorriti.
---------	--	------------------------------------	--	--	--	--	--	--	--	---	----------------------------	---	---	---	---	-------------------------------------	---	--	---	--	-----------------------	--	---	--	---	--	--	----------------------------	---	------------------------------------	--	----------------------	---------------------	--	---

Sobre Londres; 48 1/16 peniques.

Paris, 5.03 1/2 a 5.04 francos.

Amberes, 5.05 francos.

Alemania, 4.09 1/2 marcos.

Río de Janeiro, 14.850 reis.

Descuentos

La tasa de interés para descuento de letras y pagarés se mantuvo en el tipo de 7 a 8 1/2 por ciento para descuentos comerciales y de 7 1/2 a 8 1/2 para particulares.

Caja de Conversión

Movimiento que se operó en el día de ayer:

Saldo anterior . . . \$ 265.254.877.306

Entraron hoy . . . 979.840

Suma . . . 266.235.857.146

Entraron hoy . . . 13.218.000

Existencia en caja . . . 266.272.639.146

Cereales

Entradas: 1914 bolsos trigo, 2489 id maíz, 2983 id avena, 655 id lino, 52 id centeno, 225 id nabo, 225 id harina, 2540 fardos pasto grande, 361 chico.

Trigo tusella — 291 bolsos Once, a pesos 9.00.

Trigo varias clases — 1640 bolsos Haedo, a pesos 9.35, 5.10 Once, a 8.55.

Maíz amarillo — 250 bolsos Once, a pesos 4.50, 260 Buenos Aires, a 4.50, 400 a 4.30, 400 a 4.

Avena — 145 Once, a pesos 5.70, 530 M. Central, a 6.20.

Marítimas

VAPORES POSTALES ESPERADOS

Mes de Julio

Nombre	Fecha	Procedencia
Algerie	21	Marsella
R. Victoria	21	Barcelona
Vertana	21	Bremen
Indiana	22	Génova
Byron	22	N. York
P. Mitre	23	El Sur
Cap. Vilano	23	Génova
Garibaldi	24	Génova
P. Mafalda	25	Génova
R. Laddie	25	Barcelona
Cádiz	25	Barcelona
Oriza	26	Callao (Mo.)
Argón	26	Southampton

AGENCIAS DE LA CAPITAL

Número 1 Pueyrredón 155.

2 Almirante Brown 1422.

3 Viejtes 2000.

4 Cabildo 2001.

5 Santa Fe 1299.

6 Corrientes 3200.

7 Entre Ríos 755.

8 Rivadavia 5902.

9 Triunvirato 302.

10 Bernardo de Irigoyen 1209.

11 Caseros 1300.

12 Chacabuco 1357.

13 Bolívar 399.

14 Belgrano 1858.

15 Bernardo de Irigoyen 173.

16 Reconquista y Santa Fe.

Corresponsales directos en Europa, Asia, África, América del Norte y del Sur, etc.

Expide cartas de crédito, letras de cambio y transferencias por cable; compra y venta de títulos y valores de cambio; plazas comerciales; Cobranzas de cupones, dividendos. Se reciben valores y títulos en depósito a descuento de pagarés y letras. Se reciben depósitos hasta nuevo aviso en las condiciones siguientes:

ABONÁ MIL OJS

En cuenta corriente . . . 1 o/o 1 o/o

A 30 días . . . 1 1/2 o/o 1 1/2 o/o

A 60 días . . . 2 o/o 2 o/o

A 90 días . . . 3 o/o 3 o/o

A 120 días . . . 4 o/o 4 o/o

A 1 año . . . 12 o/o 12 o/o

A 2 años . . . 18 o/o 18 o/o

A 3 años . . . 24 o/o 24 o/o

A 4 años . . . 30 o/o 30 o/o

Depósitos a plazo con libreta, desde \$ 10, cupé hasta 10.000, los días de 30 días . . . 4 o/o 4 o/o

COBRA MIL OJS

En cuenta corriente . . . 9 o/o 9 o/o

Descuentos generales y comerciales . . . 12 o/o 12 o/o

Los señores accionistas tienen derecho, de acuerdo con el artículo 22 de los Estatutos, de depositar sin comisión alguna, sus acciones en las Cajas del Banco.

Buenos Aires, Junio 30 de 1913. — Jorge A. Mitchell. — Elías D. Arambarri, gerentes

BANCO DE ITALIA Y RIO DE LA PLATA

El Banco de Italia y Río de la Plata, en representación de la República del Tesoro del Estado de Río de la Plata, Casa central, Bartolomé Mitre 434 al 448.

SUCURSALES

En la capital: Número 1, calle Corrientes esquina Alcora, n.º 12, Montevideo de Oca 1202; n.º 2, Paseo de Julio 1223; n.º 3, La Plata 1202; n.º 4, Montevideo de Oca 1202; n.º 5, Montevideo de Oca 1202; n.º 6, Montevideo de Oca 1202; n.º 7, Montevideo de Oca 1202; n.º 8, Montevideo de Oca 1202; n.º 9, Montevideo de Oca 1202; n.º 10, Montevideo de Oca 1202; n.º 11, Montevideo de Oca 1202; n.º 12, Montevideo de Oca 1202; n.º 13, Montevideo de Oca 1202; n.º 14, Montevideo de Oca 1202; n.º 15, Montevideo de Oca 1202; n.º 16, Montevideo de Oca 1202; n.º 17, Montevideo de Oca 1202; n.º 18, Montevideo de Oca 1202; n.º 19, Montevideo de Oca 1202; n.º 20, Montevideo de Oca 1202; n.º 21, Montevideo de Oca 1202; n.º 22, Montevideo de Oca 1202; n.º 23, Montevideo de Oca 1202; n.º 24, Montevideo de Oca 1202; n.º 25, Montevideo de Oca 1202; n.º 26, Montevideo de Oca 1202; n.º 27, Montevideo de Oca 1202; n.º 28, Montevideo de Oca 1202; n.º 29, Montevideo de Oca 1202; n.º 30, Montevideo de Oca 1202; n.º 31, Montevideo de Oca 1202; n.º 32, Montevideo de Oca 1202; n.º 33, Montevideo de Oca 1202; n.º 34, Montevideo de Oca 1202; n.º 35, Montevideo de Oca 1202; n.º 36, Montevideo de Oca 1202; n.º 37, Montevideo de Oca 1202; n.º 38, Montevideo de Oca 1202; n.º 39, Montevideo de Oca 1202; n.º 40, Montevideo de Oca 1202; n.º 41, Montevideo de Oca 1202; n.º 42, Montevideo de Oca 1202; n.º 43, Montevideo de Oca 1202; n.º 44, Montevideo de Oca 1202; n.º 45, Montevideo de Oca 1202; n.º 46, Montevideo de Oca 1202; n.º 47, Montevideo de Oca 1202; n.º 48, Montevideo de Oca 1202; n.º 49, Montevideo de Oca 1202; n.º 50, Montevideo de Oca 1202; n.º 51, Montevideo de Oca 1202; n.º 52, Montevideo de Oca 1202; n.º 53, Montevideo de Oca 1202; n.º 54, Montevideo de Oca 1202; n.º 55, Montevideo de Oca 1202; n.º 56, Montevideo de Oca 1202; n.º 57, Montevideo de Oca 1202; n.º 58, Montevideo de Oca 1202; n.º 59, Montevideo de Oca 1202; n.º 60, Montevideo de Oca 1202; n.º 61, Montevideo de Oca 1202; n.º 62, Montevideo de Oca 1202; n.º 63, Montevideo de Oca 1202; n.º 64, Montevideo de Oca 1202; n.º 65, Montevideo de Oca 1202; n.º 66, Montevideo de Oca 1202; n.º 67, Montevideo de Oca 1202; n.º 68, Montevideo de Oca 1202; n.º 69, Montevideo de Oca 1202; n.º 70, Montevideo de Oca 1202; n.º 71, Montevideo de Oca 1202; n.º 72, Montevideo de Oca 1202; n.º 73, Montevideo de Oca 1202; n.º 74, Montevideo de Oca 1202; n.º 75, Montevideo de Oca 1202; n.º 76, Montevideo de Oca 1202; n.º 77, Montevideo de Oca 1202; n.º 78, Montevideo de Oca 1202; n.º 79, Montevideo de Oca 1202; n.º 80, Montevideo de Oca 1202; n.º 81, Montevideo de Oca 1202; n.º 82, Montevideo de Oca 1202; n.º 83, Montevideo de Oca 1202; n.º 84, Montevideo de Oca 1202; n.º 85, Montevideo de Oca 1202; n.º 86, Montevideo de Oca 1202; n.º 87, Montevideo de Oca 1202; n.º 88, Montevideo de Oca 1202; n.º 89, Montevideo de Oca 1202; n.º 90, Montevideo de Oca 1202; n.º 91, Montevideo de Oca 1202; n.º 92, Montevideo de Oca 1202; n.º 93, Montevideo de Oca 1202; n.º 94, Montevideo de Oca 1202; n.º 95, Montevideo de Oca 1202; n.º 96, Montevideo de Oca 1202; n.º 97, Montevideo de Oca 1202; n.º 98, Montevideo de Oca 1202; n.º 99, Montevideo de Oca 1202; n.º 100, Montevideo de Oca 1202; n.º 101, Montevideo de Oca 1202; n.º 102, Montevideo de Oca 1202; n.º 103, Montevideo de Oca 1202; n.º 104, Montevideo de Oca 1202; n.º 105, Montevideo de Oca 1202; n.º 106, Montevideo de Oca 1202; n.º 107, Montevideo de Oca 1202; n.º 108, Montevideo de Oca 1202; n.º 109, Montevideo de Oca 1202; n.º 110, Montevideo de Oca 1202; n.º 111, Montevideo de Oca 1202; n.º 112, Montevideo de Oca 1202; n.º 113, Montevideo de Oca 1202; n.º 114, Montevideo de Oca 1202; n.º 115, Montevideo de Oca 1202; n.º 116, Montevideo de Oca 1202; n.º 117, Montevideo de Oca 1202; n.º 118, Montevideo de Oca 1202; n.º 119, Montevideo de Oca 1202; n.º 120, Montevideo de Oca 1202; n.º 121, Montevideo de Oca 1202; n.º 122, Montevideo de Oca 1202; n.º 123, Montevideo de Oca 1202; n.º 124, Montevideo de Oca 1202; n.º 125, Montevideo de Oca 1202; n.º 126, Montevideo de Oca 1202; n.º 127, Montevideo de Oca 1202; n.º 128, Montevideo de Oca 1202; n.º 129, Montevideo de Oca 1202; n.º 130, Montevideo de Oca 1202; n.º 131, Montevideo de Oca 1202; n.º 132, Montevideo de Oca 1202; n.º 133, Montevideo de Oca 1202; n.º 134, Montevideo de Oca 1202; n.º 135, Montevideo de Oca 1202; n.º 136, Montevideo de Oca 1202; n.º 137, Montevideo de Oca 1202; n.º 138, Montevideo de Oca 1202; n.º 139, Montevideo de Oca 1202; n.º 140, Montevideo de Oca 1202; n.º 141, Montevideo de Oca 1202; n.º 142, Montevideo de Oca 1202; n.º 143, Montevideo de Oca 1202; n.º 144, Montevideo de Oca 1202; n.º 145, Montevideo de Oca 1202; n.º 146, Montevideo de Oca 1202; n.º 147, Montevideo de Oca 1202; n.º 148, Montevideo de Oca 1202; n.º 149, Montevideo de Oca 1202; n.º 150, Montevideo de Oca 1202; n.º 151, Montevideo de Oca 1202; n.º 152, Montevideo de Oca 1202; n.º 153, Montevideo de Oca 1202; n.º 154, Montevideo de Oca 1202; n.º 155, Montevideo de Oca 1202; n.º 156, Montevideo de Oca 1202; n.º 157, Montevideo de Oca 1202; n.º 158, Montevideo de Oca 1202; n.º 159, Montevideo de Oca 1202; n.º 160, Montevideo de Oca 1202; n.º 161, Montevideo de Oca 1202; n.º 162, Montevideo de Oca 1202; n.º 163, Montevideo de Oca 1202; n.º 164, Montevideo de Oca 1202; n.º 165, Montevideo de Oca 1202; n.º 166, Montevideo de Oca 1202; n.º 167, Montevideo de Oca 1202; n.º 168, Montevideo de Oca 1202; n.º 169, Montevideo de Oca 1202; n.º 170, Montevideo de Oca 1202; n.º 171, Montevideo de Oca 1202; n.º 172, Montevideo de Oca 1202; n.º 173, Montevideo de Oca 1202; n.º 174, Montevideo de Oca 1202; n.º 175, Montevideo de Oca 1202; n.º 176, Montevideo de Oca 1202; n.º 177, Montevideo de Oca 1202; n.º 178, Montevideo de Oca 1202; n.º 179, Montevideo de Oca 1202; n.º 180, Montevideo de Oca 1202; n.º 181, Montevideo de Oca 1202; n.º 182, Montevideo de Oca 1202; n.º 183, Montevideo de Oca 1202; n.º 184, Montevideo de Oca 1202; n.º 185, Montevideo de Oca 1202; n.º 186, Montevideo de Oca 1202; n.º 187, Montevideo de Oca 1202; n.º 188, Montevideo de Oca 1202; n.º 189, Montevideo de Oca 1202; n.º 190, Montevideo de Oca 1202; n.º 191, Montevideo de Oca 1202; n.º 192, Montevideo de Oca 1202; n.º 193, Montevideo de Oca 1202; n.º 194, Montevideo de Oca 1202; n.º 195, Montevideo de Oca 1202; n.º 196, Montevideo de Oca 1202; n.º 197, Montevideo de Oca 1202; n.º 198, Montevideo de Oca 1202; n.º 199, Montevideo de Oca 1202; n.º 200, Montevideo de Oca 1202; n.º 201, Montevideo de Oca 1202; n.º 202, Montevideo de Oca 1202; n.º 203, Montevideo de Oca 1202; n.º 204, Montevideo de Oca 1202; n.º 205, Montevideo de Oca 1202; n.º 206, Montevideo de Oca 1202; n.º 207, Montevideo de Oca 1202; n.º 208, Montevideo de Oca 1202; n.º 209, Montevideo de Oca 1202; n.º 210, Montevideo de Oca 1202; n.º 211, Montevideo de Oca 1202; n.º 212, Montevideo de Oca 1202; n.º 213, Montevideo de Oca 1202; n.º 214, Montevideo de Oca 1202; n.º 215, Montevideo de Oca 1202; n.º 216, Montevideo de Oca 1202; n.º 217, Montevideo de Oca 1202; n.º 218, Montevideo de Oca 1202; n.º 219, Montevideo de Oca 1202; n.º 220, Montevideo de Oca 1202; n.º 221, Montevideo de Oca 1202; n.º 222, Montevideo de Oca 1202; n.º 223, Montevideo de Oca 1202; n.º 224, Montevideo de Oca 1202; n.º 225, Montevideo de Oca 1202; n.º 226, Montevideo de Oca 1202; n.º 227, Montevideo de Oca 1202; n.º 228, Montevideo de Oca 1202; n.º 229, Montevideo de Oca 1202; n.º 230, Montevideo de Oca 1202; n.º 231, Montevideo de Oca 1202; n.º 232, Montevideo de Oca 1202; n.º 233, Montevideo de Oca 1202; n.º 234, Montevideo de Oca 1202; n.º 235, Montevideo de Oca 1202; n.º 236, Montevideo de Oca 1202; n.º 237, Montevideo de Oca 1202; n.º 238, Montevideo de Oca 1202; n.º 239, Montevideo de Oca 1202; n.º 240, Montevideo de Oca 1202; n.º 241, Montevideo de Oca 1202; n.º 242, Montevideo de Oca 1202; n.º 243, Montevideo de Oca 1202; n.º 244, Montevideo de Oca 1202; n.º 245, Montevideo de Oca 1202; n.º 246, Montevideo de Oca 1202; n.º 247, Montevideo de Oca 1202; n.º 248, Montevideo de Oca 1202; n.º 249, Montevideo de Oca 1202; n.º 250, Montevideo de Oca 1202; n.º 251, Montevideo de Oca 1202; n.º 252, Montevideo de Oca 1202; n.º 253, Montevideo de Oca 1202; n.º 254, Montevideo de Oca 1202; n.º 255, Montevideo de Oca 1202; n.º 256, Montevideo de Oca 1202; n.º 257, Montevideo de Oca 1202; n.º 258, Montevideo de Oca 1202; n.º 259, Montevideo de Oca 1202; n.º 260, Montevideo de Oca 1202; n.º 261, Montevideo de Oca 1202; n.º 262, Montevideo de Oca 1202; n.º 263, Montevideo de Oca 1202; n.º 264, Montevideo de Oca 1202; n.º 265, Montevideo de Oca 1202; n.º 266, Montevideo de Oca 1202; n.º 267, Montevideo de Oca 1202; n.º 268, Montevideo de Oca 1202; n.º 269, Montevideo de Oca 1202; n.º 270, Montevideo de Oca 1202; n.º 271, Montevideo de Oca 1202; n.º 272, Montevideo de Oca 1202; n.º 273, Montevideo de Oca 1202; n.º 274, Montevideo de Oca 1202; n.º 275, Montevideo de Oca 1202; n.º 276, Montevideo de Oca 1202; n.º 277, Montevideo de Oca 1202; n.º 278, Montevideo de Oca 1202; n.º 279, Montevideo de Oca 1202; n.º 280, Montevideo de Oca 1202; n.º 281, Montevideo de Oca 1202; n.º 282, Montevideo de Oca 1202; n.º 283, Montevideo de Oca 1202; n.º 284, Montevideo de Oca 1202; n.º 285, Montevideo de Oca 1202; n.º 286, Montevideo de Oca 1202; n.º 287, Montevideo de Oca 1202; n.º 288, Montevideo de Oca 1202; n.º 289, Montevideo de Oca 1202; n.º 290, Montevideo de Oca 1202; n.º 291, Montevideo de Oca 1202; n.º 292, Montevideo de Oca 1202; n.º 293, Montevideo de Oca 1202; n.º 294, Montevideo de Oca 1202; n.º 295, Montevideo de Oca 1202; n.º 296, Montevideo de Oca 1202; n.º 297, Montevideo de Oca 1202; n.º 298, Montevideo de Oca 1202; n.º 299, Montevideo de Oca 1202; n.º 300, Montevideo de Oca 1202; n.º 301, Montevideo de Oca 1202; n.º 302, Montevideo de Oca 1202; n.º 303, Montevideo de Oca 1202; n.º 304, Montevideo de Oca 1202; n.º 305, Montevideo de Oca 1202; n.º 306, Montevideo de Oca 1202; n.º 307, Montevideo de Oca 1202; n.º 308, Montevideo de Oca 1202; n.º 309, Montevideo de Oca 1202; n.º 310, Montevideo de Oca 1202; n.º 311, Montevideo de Oca 1202; n.º 312, Montevideo de Oca 1202; n.º 313, Montevideo de Oca 1202; n.º 314, Montevideo de Oca 1202; n.º 315, Montevideo de Oca 1202; n.º 316, Montevideo de Oca 1202; n.º 317, Montevideo de Oca 1202; n.º 318, Montevideo de Oca 1202; n.º 319, Montevideo de Oca 1202; n.º 320, Montevideo de Oca 1202; n.º 321, Montevideo de Oca 1202; n.º 322, Montevideo de Oca 1202; n.º 323, Montevideo de Oca 1202; n.º 324, Montevideo de Oca 1202; n.º 325, Montevideo de Oca 1202; n.º 326, Montevideo de Oca 1202; n.º 327, Montevideo de Oca 1202; n.º 328, Montevideo de Oca 1202; n.º 329, Montevideo de Oca 1202; n.º 330, Montevideo de Oca 1202; n.º 331, Montevideo de Oca 1202; n.º 332, Montevideo de Oca 1202; n.º 333, Montevideo de Oca 1202; n.º 334, Montevideo de Oca 1202; n.º 335, Montevideo de Oca 1202; n.º 336, Montevideo de Oca 1202; n.º 337, Montevideo de Oca 1202; n.º 338, Montevideo de Oca 1202; n.º 339, Montevideo de Oca 1202; n.º 340, Montevideo de Oca 1202; n.º 341, Montevideo de Oca 1202; n.º 342, Montevideo de Oca 1202; n.º 343, Montevideo de Oca 1202; n.º 344, Montevideo de Oca 1202; n.º 345, Montevideo de Oca 1202; n.º 346, Montevideo de Oca 1202; n.º 347, Montevideo de Oca 1202; n.º 348, Montevideo de Oca 1202; n.º 349, Montevideo de Oca 1202; n.º 350, Montevideo de Oca 1202; n.º 351, Montevideo de Oca 1202; n.º 352, Montevideo de Oca 1202; n.º 353, Montevideo de Oca 1202; n.º 354, Montevideo de Oca 1202; n

Ya que se hace historia

PONGAMOS la verdad en su lugar

En una forma insidiosa, y muchas veces anónima, se están repitiendo y repartiendo ciertas publicaciones referentes a determinadas marcas de cigarrillos y a la actitud tomada por sus propietarios que entraron ó no entraron en fusiones de fábricas, pretendiendo ahora aparecer todos como CANNIDAS PALOMAS

Hagamos historia:

Estando en mi fábrica denominada LA FAVORITA, calle Balcarce 375, en los últimos días de Julio de 1911, me anunciaron la visita de tres señores que resultaron ser don H. Hentsch, don León Durán y don Juan Onetto, este último socio de la firma Piccardo y Cía., fabricantes de los cigarrillos "43", y me propusieron, después de las presentaciones de estilo, entrar en la Compañía Argentina de Tabacos en formación.

Me mostraron la lista de adherentes a su proyecto, figurando entre otros Piccardo y Cía., León Durán, Juan Canter, M. Méndez de Andés, Alvarez y Cía. y José León y Cía.

Mi contestación fué dada por carta fechada el 1.º de Agosto de 1911 en la que decía:

"Que en atención á su visita les daba la cantidad de venta que mensualmente realizaba, pero no mi utilidad. Y como ni sé en qué forma se hace esa proyectada fusión les doy este dato de mi venta sin compromiso de ninguna clase para Vds. ni para mí y sólo en atención a su visita.

Después he sabido que lo convenido á iniciativa del señor Onetto era pagar á cada uno de los adherentes el beneficio de un semestre multiplicado por ocho y que Piccardo y Cía. después de la compulsa de sus libros, hecha por contadores públicos, pidió un millón de pesos más de lo que le correspondía, lo que fué rechazado por los demás fabricantes fusionados.

Otras varias veces vino el señor Juan Onetto á mi casa; no ya para hacerme entrar en la Compañía Argentina de Tabacos, sino para hacer una combinación conmigo en contra de lo que él empezó entonces á llamar TRUST y que antes prestigiaba. Una ó dos veces esta visita me la hizo acompañado por un importador de tabacos cuyo nombre reservo por ahora. Así como no me hizo entrar en la Compañía Argentina de Tabacos tampoco le di el gusto de hacer una combinación para su provecho; pues las castañas si las saco del fuego son para mí y no para otros.

Conste, pues, que yo he sido solicitado por Piccardo y Cía. para entrar en la Compañía Argentina de Tabacos, por Piccardo y Cía. ahora LIMITED para ir contra la Compañía Argentina de Tabacos y puedo agregar que también por la BRITISH-AMERICAN TOBACCO Co. LIMITED, esta última conocida por el TRUST YANQUI.

Conste también que mi fábrica establecida hace ya más de 15 años no se formó para que ningún trust la comprara.

Conste también que yo no he hecho lo del CAPITAN ARAÑA que embarcó la gente y se quedó en tierra.

Conste que yo no he formado de comparsa prestigiando ni desprestigiando la formación de fusiones, compañías anónimas ni trusts.

Visto que se ha querido hacer historia, hagámosla completa, para que nuestro único gran juez, o EL PUBLICO, pueda juzgar de una vez por todas con completo conocimiento de causas.

J. M. ARIZA